

tocracia tomó el ejemplo del rey sin imitar su dignidad, y humilló sus blasones delante del oro. Negociantes enriquecidos por especulaciones se enlazaron con familias en quienes eran tradicionales la toga ó el bastón de mariscal; y se hicieron, olvidando su humilde extracción, más ridículos que los nobles olvidando sus altas pretensiones. Sin embargo, todavía se consideraba la ociosidad como el distintivo de un ilustre nacimiento, así como el enamorar y el tirar de la espada á la más mínima cosa. "Yo he visto, dice el príncipe de Ligne, á los jóvenes de calidad vestidos de toda etiqueta y con la espada al lado á las siete de la mañana; ni uno solo iba á pié por la calle; todos iban á caballo con trajes galoneados, con gran séquito y nunca al trote; las grandes señoras iban con dos criados vestidos á la moda húngara á la portezuela del coche, pajes y una multitud de lacayos en la trasera; he visto á los hijos temblando delante de sus madres, y á las hijas que casi no se atrevían á hablar á las mujeres casadas; he visto ministros que oían sin responder, pero que conocidas las grandes acciones, las remuneraban en lluvias de distinciones y beneficios (1)."

Así la nobleza, ya muy próxima al abismo, se iba acercando á él cada vez más entre los bulliciosos festines, las intrigas y la corrupción cubierta con el velo de la elegancia; hicieronse famosas las sociedades epicúreas del *Temple*, del *Scaux*, del *Cuveau*, sociedades medio báquicas, medio literarias, donde el talento particular de cada uno servía para la diversión de todos.

El teatro estaba lejos de tener la importancia y universalidad que después obtuvo, escitando todavía cierta especie de escándalo en los ánimos timoratos. En Italia los predicadores de cuaresma lo anatemetizaban; el padre Torneilli persuadió á los de Novara á dejar de asistir á él; Ginebra no lo admitió tampoco; de Muy, el amigo del hijo de Luis XV y ministro de Luis XVI, debiendo acompañar al rey de Dinamarca á visitar París, al llegar á la puerta del teatro se separó de este monarca, diciéndole que su religión le vedaba la entrada en aquel lugar.

El mundo elegante se solazaba más en los bailes, festines y galanteos; bailarinas y cantatrices eran la presa ostentada de los señores, cuyos ricos trenes veíanse parados á sus puertas, mientras ellas lucían sus galas en los paseos, en carruajes tirados por cuatro caballos.

Campo donde brillaban los franceses era la conversacion, en el cual adquirieron aquel arte de disertar familiarmente, tan peculiar suyo y que ahora se va perdiendo. Por esto todos querían ser cultos y conseguirlo con poco trabajo; y de aquí la curiosidad universal, que se contentaba con la superficie y la extensión de ese espíritu de sociabilidad que

(1) *La vieille Europe.*

nivela los grados sociales, de ese exceso de cortesanía, que á veces es efecto y á veces causa la aridez del sentimiento, que produce cuidados sin celo, escritores sin originalidad, familias sin ventura.

Costumbres políticas no tenían, estando cerradas todas las vías al ejercicio de la elocuencia y de la habilidad política por donde se pudiese alcanzar gloria, y no conservándose más que la costumbre de los empleos, que despreciados por los señores feudales, eran el patrimonio de los humildes. Solo los magistrados hereditarios del parlamento se ocupaban en los asuntos concernientes á los intereses nacionales.

Así en vez de oposición al gobierno, había una manía universal de lograr protección de la corte; el sastre, el zapatero procuraban titularse sastres ó zapateros de cámara, y contentar al protector más que á sus parroquianos, todo por respirar, siquiera en los estrechos, el hábito de la corte: complacer á ésta era el mérito principal. De aquí aquel aspirar de todos á la nobleza y aquel deseo que animaba á honrados plebeyos de poderse llamar primos de algún gran señor, ó á lo menos parientes de las queridas del rey. Los segundones, destinados á una esterilidad necesaria para el lustre de las familias, llegaban á ser elementos de corrupción y autores de intrigas galantes, que les preparaban para las intrigas ambiciosas.

De aquí la influencia de las mujeres, convertidas en resortes motores de los hombres, los cuales procuraban seducirlas, no solo para tener amantes, sino también para alcanzar empleos. Con este intento se ponían en juego hermosura, riqueza, sollicitaciones; cedíanse mujeres y amantes; las señoras querían tener dinero para adornarse mucho, y adornarse para poder escoger entre los galanes: luego se hacían las protectoras de éstos por fastidio, por compromiso, ó por necesidad de amor verdadero, mezclándose así la ambición y la galantería, y no quedando libres de las intrigas más que los empleos que se daban por venta. Comenzábase, pues, la carrera con amores, en que ciertamente el amor no tenía parte; y las costumbres frívolas contraídas en la juventud se prolongaban hasta más allá de la vejez, distinguiéndose así las clases buenas de las simplemente agradables, las ocupadas en negocios de las dedicadas á frivolidades, las gentes racionales de los *peúmetres* y mequetrefes.

El que conocía este arte tomaba el vuelo fuera de la casa paterna, y llegando á los empleos á fuerza de rastreras adulaciones, llevaba á ellos la costumbre de la docilidad; de modo que la administración marchaba sin ruido y sin obstáculos, hallando prevenidas sus órdenes, y á veces ejecutadas hasta más allá de sus deseos, evitándose así la vergüenza de ordenar una injusticia: tal era la presión que por esto ejercía el gobierno sobre los que no tenían posición en el Estado, que el ser simple particular era una desgracia en aquel

país donde los protegidos se ostentaban más impotentes.

También los empleos militares estaban reservados á las personas tituladas ó á la protección. ¿Qué más? Hasta las dignidades eclesiásticas y los beneficios, cuya provisión correspondía á las grandes casas, se obtenían con tales artes; y el abate Cottin escribía madrigales amorosos, el abate Greccourt poesías líbricas, el abate De Pure la *Historia galante de las Preciosas*, el abate d'Aubignac la *Relación del reino de la Coquetaría*.

Entre esta elegancia social y ligereza mundana, entre la molición de las costumbres y el atrevimiento de las ideas, se extendieron inmensamente los libelos, formándose una literatura baja, mercenaria, clandestina, que publicaba todos los escándalos, y en estilo obscuro divulgaba los osados pensamientos, que autores estimables con buenas reflexiones habían violado ó corregido. Así sobre los trabajos meditados y sobre los ingenios escogidos obtuvieron imperio las grandes nulidades, la frívola pedantería, las graciosas sutilezas, y por consiguiente el bello seco. Poesías obscenas ó picantes, libelos infamatorios, las novelas del abate Prevôt, de madama Gaigny, de Crebillon, hijo, las *Cartas persas*, el *Gil Blas*, la *Doncella* de Voltaire, eran el ansioso y sabroso pasto de las clases desocupadas, que aspiraban á goces intelectuales y literarios. Después que Fontenelle, resto reverenciado en otro siglo, introdujo en los gabinetes elegantes el estudio de la astronomía, pretendiase conocer á Newton y se le ponía en parangón con el inepto Maupertuis, como á Leibnitz con Locke. Un billete de Voltaire, un epigrama de Piron, una comedia, una novela nueva, ponían en conmoción á todos los círculos, reemplazando las discusiones y disertaciones á la amable charla y al fácil abandono antiguos. Tal barniz de conocimientos superficiales hacía parecer superflua la doctrina profunda, así como la sutileza hacía inútil la fé. En la conversacion de las hermosas distribuía la gloria y la infamia; ni hubiera sido posible sin la protección de aquellas obtener un nombre en la sociedad.

La agudeza de ingenio servía de manto á todo, al hurto, á la infamia y hasta al bajo nacimiento, de modo que aun perjudicando hacia la autoridad más suave, al clero más tolerante, más familiar á la nobleza, poniendo en contacto las personas sin confundir las clases, introduciendo una cortesanía universal en que la aristocracia perdía sus pasiones, aun conservando sus modales.

Esta manía de ostentar un agudo ingenio que encubriera la ignorancia, impulsó á la generalidad á buscarlo en atacar las cosas más santas; y los líbricos placeres de las cenas del regente, abrieron la senda para las cenas de la impiedad. Los *bellospíritus* quisieron, pues, ser *espíritus fuertes*, y se confrieron á sí mismos el título de filósofos, reputando despreocupación el hollar las ideas

recibidas con la educación en materia de fe. En las salas resplandecientes de espejos, molduras, dorados medallones y guirnalda, se ostentaba la incredulidad para reanimar con su befa el gusto cansado y enervado; en ellas la blasfemia era bien acogida con tal que viniera en un traje elegante y florido, y más si se presentaba revestida de cierta sal maligna y delicada. Se hacía objeto de estas burlas á Moisés y á los profetas; burlábanse de la Biblia entre los vapores del vino, y las orgías eran más bulliciosas y escandalosas en los días que la Iglesia consagra.

Fuera del ingenio nada quedaba, ni fé, ni entusiasmo, ni amor á la verdad, ni afecto á la patria, confundida ésta con el nombre vago de género humano; haciéndose de todo mofa, guiándose tan solo por la fantasía, y apoyándose únicamente en la propia razón.

Mientras la corte decaía en consideración, adquirieron posición independiente los literatos, y echaron de ver su importancia. Hume, que vino de Londres á París, atónito al observar aquel culto que se tributaba al ingenio, escribía á Robertson: "Aquí quiero quedarme: las letras y los literatos son aquí mejor tratados que entre nuestros turbulentos bárbaros de Londres." Todo esto acrecentaba la influencia de París, ya bastante estensa por la sociabilidad difundida entre los nobles, y cada día más se concentraban en esta capital las fuerzas y la vida de la Francia.

#### LITERATURA FILOSÓFICA.

Tales hábitos y sentimientos se retrataban en la literatura, la cual, según costumbre, retenía una parte del siglo precedente y otra tomaba de las novedades entonces introducidas. Lo bello cesó de ser cultivado como bello, convirtiéndose en instrumento de las ideas y de los partidos; y la literatura moral, religiosa, monárquica bajo el mando de Luis XIV, aceptó el escepticismo y la inmoralidad, fué idólatra del ingenio, aspiró al triunfo del momento, quiso y obtuvo que los derechos del talento fuesen equiparados á los de la cuna.

La Europa se había acostumbrado á buscar en la literatura francesa los deleites del entendimiento, tragedias, oraciones sagradas ó fúnebres, novelas, pensamientos, disputas, en las cuales se sostenía el interés con una delicada perfección antes desconocida. Los protestantes, desbandados cuando se revocó el edicto de Nantes, habiéndose dedicado en el destierro á la educación, habían difundido aquella mezcla de naturalidad y de reminiscencias, de pedantería y de actualidad que caracterizaba la literatura y costumbres francesas. No podía decirse bien educado el que no hablase esta lengua; todas las cortes la adoptaron, y los diplomáticos la habían preferido. Aumentado el número de los lectores, la profesión de literato se hizo más estensa, y para sacar provecho de las pasiones populares, era preciso escribir con

claridad; ahora bien, la lengua mas clara es la francesa, la cual por tanto llegó á ser instrumento importantísimo, y de ella tomó la Europa el gusto de la facilidad y limpidez de estilo. Consideróse entonces la abundancia de escritores como la única medida de la civilización de un pueblo; se hizo consistir el solo mérito de un libro en ser ameno como una novela: lo que llevaba el sello del estudio ó de investigaciones, y no podía decirse en una reunion elegante, se llamaba pedantería, retrucano, metafísica. No tardaremos en ver, no solo placeres, sino sacudimientos, cuando esa literatura, empuñando las armas, se constituya en supremo poder del siglo, y con su guerra prepare la guerra de la espada.

A ello la habian adiestrado los ejemplos de los desterrados y de los ingleses. Lanzados muchos franceses de su patria por la persecucion religiosa, y refugiados en Suiza y en Holanda, se dedicaron á escribir con una franqueza iracunda, envolviendo en el mismo odio á los reyes y al clero, y atacándolos en su origen histórico y en la veneracion de los pueblos. Bayle, Railliet, Juan Leclerc, d'Argens y otros, inundaron la Francia de libros y opúsculos que fueron el tipo y el arsenal de los enciclopedistas.

En Inglaterra los puritanos, que rechazaban toda otra norma que no fuese el Evangelio, habian intentado desde la revolucion de 1640 una reforma radical apoyada en la Biblia. Con esto los partidarios de los privilegios y del antiguo sistema social, tuvieron interes en atacar la verdad y la autoridad de la Sagrada Escritura, y así entre los dos bandos religiosos se formó un tercero de incrédulos y burlones. Ecsacerbados éstos con la persecucion de los recelosos Estuardos, volvieron luego con el de Orange engreidos de su victoria, y persiguieron con odio igual al partido caído y á la religion. Shaftesbury acogia y animaba á los *libres pensadores*, como eran llamados, y enseñaba una filosofia ligera y condescendente. Las doctrinas subversivas del órden social publicadas por Hobbes, y aplicadas por Harrington, por Sidney, por Locke, produjeron un diluvio de obras irreligiosas. Toland en el *Cristianismo sin misterios*, proponia una nueva Iglesia: Woolston reducía los milagros de Cristo á puras alegorías; imitaronlo Tindal y Collins, que negó la necesidad de la revelacion, sosteniendo que bastaba amar á Dios y al prójimo; sus osadías democráticas granjeaban aplausos al *Mendigo* de Gay; y siguiendo las huellas de Locke, Hume se habia lanzado hasta á negar que la religion pudiera fundarse en los principios de la razon, y que de los efectos pudiera deducirse la causa, con lo cual pensaba destruir por su base toda demostracion metafísica, moral ó física de la inmortalidad.

Esta guerra contra el altar y el trono (1672-1751) entusiasmó á lord Bolingbroke. Dedicado desde su juventud á la erudicion increíble, pensaba que debía dejarse al pueblo la

supersticion y emanciparse de ella la clase alta. Al establecerse la casa de Hannover, hallándose desterrado primero de su patria y despues solo de lo tribuna, ejerció su calorosa y feliz elocuencia política en opúsculos llenos de nervio, como las *Reflexiones sobre los partidos*, la *idea de un rey patriota* y las *Cartas sobre la historia*, donde satirizando al ministro Walpole, se elevaba á consideraciones metafísicas; en la práctica, secundando el epicureismo; en teoría, capitaneando á los deístas (1). Dióle á Pope el asunto para su *Ensayo sobre el hombre*, en el cual está poetizado el deísmo, y tendia de continuo á sustituir el reinado de la naturaleza al ideal de los teólogos. Para él todo era empirismo; quería considerar el alma como un objeto físico; en su concepto Descartes era un insensato siempre que se elevaba á principios generales; y "la mas hermosa de las filosofías era saber vivir, es decir, acomodarse al tiempo, á las personas, á los negocios, cuando la razon lo manda."

Leibnitz, que habia muerto por entonces en Alemania, estaba ya olvidado; Vico vivia ignorado en Italia, y el que aspiraba á ideas libres, las buscaba en Inglaterra. Allí fué á beber la inspiracion la literatura francesa; pero la libertad de la imprenta y de las opiniones, si en Inglaterra daba á aquellos sentimientos un desahogo menos peligroso, porque iba mezclado con el fragor de la contienda entre otros intereses y otras creencias repugnantes ó divergentes, trasladada á Francia adquirió una eficacia mucho mayor. Entre los ingleses la filosofia de los sentidos y de la experiencia estaba contenida por cierto sentimiento indígena de moderacion en las relaciones exteriores, no menos que en las opiniones científicas: así que la abolicion del elemento espiritual y divino no conducía tan rápidamente á la demolicion. Mientras los ingleses necesitaban una creencia, un sentimiento moral, los franceses se entregaron á una sensual y fanática adoracion de la naturaleza. Fontenelle habia dicho: *si tuviese la mano llena de verdades no las dejaria salir sino una á una*; pero entonces todos aspiraban á saberlo todo, todos querian proclamarlo altamente, emancipar la raza humana esclavizada por los nobles, embrutecida por los sacerdotes, y producir una reaccion contra el siglo anterior ostentando escepticismo, reforma social, imitacion de los modernos.

(1) Bolingbroke sin embargo no participaba de las ideas revolucionarias de sus secuaces: en 12 de Setiembre de 1724 escribia á Swift: "Yo considero á esos que se llaman espíritus fuertes como azotes de la sociedad, porque tienden á romper sus lazos, y al quitar un freno potente á ese animal feroz que se llama el hombre, cuando se le debería contener con otros diez mas." En otra cosa diferia tambien de sus prosélitos; y es que en vez de admirar la constitucion inglesa, decía que se componía de un rey sin esplendor, nobles sin independencia, y comunes sin libertad.

Así el libre ecsámen fué aplicado, no solamente á la religion y á la política, sino á la naturaleza, al hombre, á la sociedad. Hubo, pues, dudas por todas partes, por todas partes sistemas, por todas partes aficion á las paradojas; ostentabase filosofia y el gran filósofo era Locke; ponderabase el análisis, y se partía siempre de axiomas arbitrarios; repetíase *razon, razon*, y pretendíase reconstruir segun ésta el corazon y entendimiento humanos.

Tales sistemas, diversos en las formas, convenian sin embargo en creer incompatible la fé con la inteligencia; en afirmar que el hombre subsiste por sí y para sí propio; que todas las instituciones son creacion de su espíritu; que del estado salvaje se elevó inventando el idioma, la sociedad, las ideas del derecho y del deber: proclamaban pues, libertad absoluta para la religion, odio particular á la cristiana que impone creencias y obligaciones, odio á los privilegios opuestos á la primitiva igualdad. Prodigiosa audacia de espíritu, que no respetaba ningun hecho exterior, que aborrecia y vilipendiaba al hombre y á todo el estado social, que no tenia sino desprecio y burla para las opiniones que le eran contrarias, y que se hacia tan despótica, como las instituciones que eran objeto de sus ataques. Para ella las magnificencias naturales que la ciencia en progresos revelaba cada vez mas asombrosas y ordenadas en su misma variedad, no solo no podian excitar el entusiasmo, sino que suministraban argumentos para rebajar la especie humana; por amor al hombre y á la libertad se ponderaron la inteligencia del orangutan y la constitucion de los chinos. Separado el órden espiritual del temporal, se dió entrada á aquella mezcla de inespencia y de ambicion, tan perjudicial despues cuando se aplicó la filosofia á los hechos.

Montesquieu (1689-1755) era hombre de graves estudios y presidente; sin embargo, habiendo venido en un tiempo en que, como él mismo dice, la mayor parte de los escritos se componía de facilidad para hablar é impotencia para ecsaminar quiso tambien hacerse de moda y creyó necesario hermosear, con la viveza del estilo, asuntos bastante hermosos por sí, como son la justicia y la verdad. En las *Cartas persas*, el mas profundo de los libros frívolos, las incesantes agudezas contra Luis XIV, contra Law, contra el despotismo y las costumbres de la corte gustaron mucho á los políticos; tambien gustó mucho al mundo elegante aquella descripcion del serrallo, donde se ve el amor despojado de todas las delicadezas, degradado por los celos y reducido á puro deleite animal; gustó por último á las personas graves aquel profundo ecsámen de los actos de la corte y aquella denigracion de la frivolidad social. Sus chistes llegaron á ser proverbios, con tanta mas razon, cuanto que no parecían inspirados por el odio; se comprendió que el epígrama podia conciliarse con los pensamientos elevados y las materias graves; y muchos imitando aquel tono de sentenciosa brevedad, que oculta la nul-

HISTORIA.—4.

dad del pensamiento, se creian profundos como él porque como él eran ligeros.

El escepticismo, las reflexiones y las frases tan francamente escandalosas que ostentaba un presidente, muestran cuan mal educada estaba ya la opinion, y cómo ninguno se atrevia á negarle sacrificios. Y sacrificio á la opinion fué seguramente su *Templo de Gnido*, voluptuosísima pintura.

Con Chesterfield, que le decía: *vosotros los franceses sabeis hacer barricadas, pero no barreras*, vino Montesquieu á Italia á estudiar este museo de pequeños estados. En las repúblicas encontró libertad sin independencia; en Toscana despotismo sin opresion; y en tanto que de Venecia se espantó como de una fantasma, "una de las cosas mas agradables que vio fué al primer ministro del gran duque con jubon y coleta trenzada, sentado en un banquillo de madera delante de su puerta: feliz el pais donde el ministro vive con tanta sencillez y tan desocupado." En Holanda y en Inglaterra se barajó con hombres políticos y razonados que *aparentaban reirse* al oír el solo nombre de religion; pero se espantó de ver impreso y oír que se decía en alta voz, lo que en otras partes apenas se proferia en voz baja.

Tornó á Francia cuando los ánimos vueltos en sí del largo deslumbramiento en que los habia tenido el reinado de Luis y conmovidos por el sistema de Law, se dedicaban al estudio del gobierno, de la hacienda, de la justicia. Durante el ministerio de Fleury fundó una academia moral y política; otra en el palacio de Rohan; y se estableció tambien el *club de l'entresol*, sociedad mas atrevida á donde concurrían Bolingbroke, Argenson y el abate Saint Pierre. A este abate, espíritu quimérico, deben el diccionario la palabra *bienfaisance* y las utopias el dogma de la infinita perfectibilidad humana. Espulsado de la academia francesa por haber criticado al gobierno de Luis XVI, se dedicó con mayor ardimiento á proponer reformas; reformas de hombres de bien y que no perjudicaban á la corte, como el desprenderse de los favoritos, el distribuir mejor los empleos, el crear una alta academia encargada de proponer al rey la terna en que debiera escoger los ministros. Cuando veía un defecto, al momento ponía su remedio y enviaba memorias al ministerio, é imprimía importantes verdades envueltas entre proyectos quiméricos que las hacían ser toleradas ó pasar inadvertidas por la censura. En su *proyecto de paz perpétua* tratábase nada menos que de cambiar hasta los fundamentos de la sociedad. Menos quimeras sustentaba Argenson; su sistema consistía en un rey solo; una fé sola y una sola ley; pero si bien rey debía de ser, segun sus principios, absoluto y tener el poder legislativo, no quería la centralizacion, sino que proponía instituciones municipales y no disimulaba los abusos de la antigua monarquía. De este

modo el ingenio buscaba contrapesos al despotismo establecido por Luis XIV.

Todo esto vigorizaba el ánimo de Montesquieu. En las *consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos* espuso los hechos con seguridad y aplomo sin profundizarlos, en las reflexiones, ciertamente lo había precedido Maquiavelo y Bossuet, y también superado en penetración; ni por su obra podrían comprenderse el senado, el pueblo, las luchas de los plebeyos, los clientes ni el tribunado; pero manifestó grandísima elocuencia para presentar el contraste que formaba aquel régimen enérgico de los romanos con el régimen sin plan y sin vigor que dominaba entonces en Francia.

Veinte años de trabajo le costó el *Espíritu de las leyes*, y veintidos ediciones en diez y ocho meses demuestran hasta qué punto escitaban ya la curiosidad las materias de gobierno civil, que antiguamente eran para el público un arcano. Montesquieu en esta obra no buscó los abusos para corregirlos, sino que quiere hallar su razón y su puesto: indiferente entre Dracon y Cristo, entre el gobierno japonés y el ateniense, justifica todas las leyes, y todas las religiones; acepta la historia tal cual es, sin más objeto que el de explicarla y comprender cómo las instituciones se armonizan con las necesidades; manifiesta su horror al despotismo, pero no trata de destruirlo, sino que lo considera como efecto necesario de la corrupción; ni comprende las revoluciones, ni el bien que se oculta bajo la idea del mal. Maquiavelo en las luchas italianas nada grande había visto más que la habilidad y la firmeza de carácter, cualesquiera que fuese la dirección que se les diera; Montesquieu en tiempos tranquilos descubre en el buen éxito la recompensa natural de la virtud y del honor. A diferencia de los teóricos contemporáneos se apoya en los hechos; pero en vez de interrogarlos para averiguar la verdad, los reúne sin crítica en apoyo de sus teorías, y cuando la historia no los suministra, acude á las relaciones de la China ó de la América, aun cuando se hallen alteradas por el interés, la ignorancia ó la vanidad.

Así dedujo muchos falsos principios de hechos inesactos, presentó hechos falsos en apoyo de exactos principios, y no se cuidó de hacer distinción alguna de tiempos ni países. No vió más que los accidentes allí donde Vico había visto tan solo las generalidades, independientes de los casos particulares. A diferencia de Vico, creyó á los pueblos formados por los grandes hombres; Mahoma y Confucio, eran en su concepto la civilización de sus respectivos países: los códigos á su parecer constituían las naciones; y cuando le falta alguna otra explicación para completar su teoría, recurre al clima que hace para él lo que para los verdaderos filósofos hace el encadenamiento de los sucesos. Fué paradójico y por eso agradó; pero prescindiendo de que esta teoría materialis-

ta de la legislación deducida de los climas era necesariamente prematura, en el reducido círculo de sus conocimientos olvidó que el turco dominaba entonces la patria de Solon. Lo que le colocó en una esfera superior a sus contemporáneos fué el considerar los fenómenos políticos como sometidos á leyes naturales indeclinables, lo mismo que los otros fenómenos; pero en el conjunto su pensamiento no fué un pensamiento acabado y perfecto, ni podía serlo, y se quedó en la clase común de aquellos trabajos generales, inferiores al modelo primitivo de Aristóteles.

Su tipo universal es la constitución parlamentaria inglesa, de la cual dió en efecto á conocer los agrupados elementos y las envidiables garantías que resultan del *habeas corpus*, del jurado, de la oposición, de la libertad de imprenta, y del derecho de acusar en juicio a cualesquiera que sea. Por nuestra parte le contamos por mérito el haberse fijado un tipo subsistente con preferencia á las utopías, y ciertamente hizo un bien con acostumbrar al público á discutir sobre hechos, á buscar su significación, á comparar gobiernos con gobiernos. Con todo, aunque nada tenía de innovador, y aunque veneraba al rey, respetaba las leyes y amaba el país, su obra sirvió de auxilio al partido revolucionario, que á su muerte no vió en él el moderador sino solamente el agitador grande y poderoso.

Voltaire (1694-1778) en las escuelas de los jesuitas, aprendió á hacer versos iguales á los del siglo precedente, y su *Edipo* le abrió las puertas de las sociedades, las cuales maravilladas de que tanto ingenio tuviese el autor de una tragedia, le permitieron tratar con los grandes de igual á igual. Pero habiendo ofendido con sus chistes picantes al caballero de Rohan, este lo hizo apalea; y como Voltaire lo desafiase, fué encerrado por la policía en la Bastilla, donde estuvo seis meses. Irritado contra un país donde tantas diferencias establecía la diversidad de nacimiento, pasó á Inglaterra; allí penetró en los círculos de los dispensadores de la fama, tomó de Bolingbroke la osadía; con Swift aguzó su malignidad natural, de Pope aprendió el arte de unir pensamientos profundos á brillantes imágenes (1), y en la sociedad de todos adquirió la sonrisa de una docta incredulidad, y el sarcástico contentamiento en la persuasión de que cuanto existe es bien que exista.

(1) Allí conoció también á Samuel Clarke, sectario de los nuevos arrianos, autor de la *Doctrina de la Escritura sobre la Trinidad* y de muchas obras contra los incrédulos, y uno de los primeros que en las escuelas profesó los principios de Newton. No pronunciaba jamás el nombre de Dios, sino con aire de recogimiento y reverencia, y maravillándose de ello Voltaire, le dijo que había tomado de Newton esta costumbre que debería ser común á todos los hombres.

El movimiento de una sociedad libre, la originalidad de aquellos caracteres, las mil formas nuevas de los clubs y de las sociedades religiosas, la franca discusión de las cosas públicas, el ingenio hecho escalón para el poder, la ovación que encontraban los hombres ilustres, la literatura fundada en la opinión, no de la corte, sino del pueblo, dieron á la imaginación de Voltaire un vigor que no habría podido adquirir en el continente, donde las preocupaciones, los hábitos, la etiqueta, eran plomo para las alas del ingenio. De vuelta á Francia dió á conocer á Shakspeare, Locke, Newton, la vacuna, el jurado y otras instituciones allí comunes, aquí ignoradas. Si la corte le hubiese hecho los halagos que esperaba, quizá se habría dedicado á adular sus vicios más bien que á combatir sus errores; pero con un gobierno carcomido que ponía obstáculos á la publicación de los pensamientos, sin poder reprimirla, Voltaire buscó la gloria en violaciones no peligrosas de las providencias de la corte sobre la imprenta; y adulando ciertas pasiones, protestando que le habían robado el manuscrito, que el editor lo había alterado, ó valiéndose de otros subterfugios que quitaban á la verdad misma la esperanza de la primera ostentación de candor ó de osadía, se cautivó los ánimos con decir aquello que el siglo ya pensaba, y tratar ligera y satíricamente las cosas serias. Así la persecución le hizo poderoso, porque las opiniones castigadas en él eran las de su tiempo.

Escritor insigne, sabía conservar aquel término medio sobre el cual está la declamación, y bajo el cual se encuentra la trivialidad: enérgico y contenido al mismo tiempo; natural á la vez que correcto; debió al estilo gran parte de sus triunfos, y adquirió la superioridad sobre los escritores enfáticos que siguieron sus banderas. Pero en la poesía no sintió los ímpetus del genio que ignora su propia existencia; reputó bárbaro á Dante, mientras escaltaba al Taso; señaló en Corneille todas las palabras atrevidas, todas las frases vivas, los idiotismos (1), con lo cual, osado en todo menos en el estilo, dió al lenguaje cierta timidez que lo hubiera hecho vulgar si hubiese perdido la elegante corrección que tenía.

Con este genio crítico, viendo que á su país le faltaba una epopeya, dijo: *yo se la daré*. Pero no dejándole su desprecio á la religión buscar el asunto en los tiempos poéticos, lo buscó en el siglo del ecsamen; y si bien en la

*Henriada* ó *Enriqueida* escogió el héroe más popular de Francia, acaso no era posible, y ciertamente él no lo consiguió, elevarlo al ideal épico.

En las tragedias, secundando la reforma comenzaba por aquel Crebillon á quien maldecía; quiso reemplazar con la severidad la suavidad descolorida de algunas escenas; no le arredraron la pompa del teatro griego, ni la grandeza del inglés, y en estas tentativas mudó de géneros, pero en ninguno llegó á la perfección. Conocía maravillosamente el secreto de las fuertes emociones y el arte de producir efecto en los espectadores, cuyo gusto estudiaba sin hacer de ello un caso de conciencia como Racine; buscaba los golpes de teatro, el efecto de las decoraciones, de las declamaciones, de los sentimientos escajerados, más bien que el profundo estado del corazón, las locuciones apasionadas con preferencia á las correctas, el écsito inmediato antes que la inmortalidad; otras veces imitaba inoportunamente resignándose á seguir los preceptos de los maestros, conservando las declamaciones y las perífrasis, pero no la sencillez de sus dos grandes predecesores; y así, aunque tiene trozos y versos bellísimos, le falta un estilo suyo propio.

Entre la chusma de los notables educados en las cenas del regente, le granjeó gran reputación la *Doncella de Orleans*; parodia sacrílega de un sublime episodio de la historia nacional. ¡Cuánto bien no habría hecho si hubiese intentado dirigir la opinión para triunfar de la vieja sociedad y edificar la nueva! Pero al contrario, sin hacer caso de la reflexión, con la gran viveza y el sentimiento esquisito que tenía para espresarse, con la implacable energía de su buen sentido que le revelaba las mezquindades de que se hallaba rodeado, se dirigió á su fin sin contemplación con los hombres ni con los santos, y sin curarse de si él mismo pensaría otra cosa al día siguiente. Así como había alabado por esperanza al regente, elogió por venganza á Inglaterra; puso en las nubes á Shakspeare cuando ninguno lo conocía, y después lo vituperó cuando lo temió rival. Bajo el manto de independencia hizo la corte á toda especie de autoridad. ¡Quién mejor que él supo dar á las alabanzas aquel giro delicado que las hace doblemente agradables! ¡Quién lo igualó en la violencia del ataque contra los émulos! Pero ésta conviene solo á la ambición que se conoce impotente, y él con toda aque-

(1) *Caliani opone á las últimas críticas de Voltaire sobre Corneille una doctrina digna de reflexión*. Del mérito de un hombre, solo su siglo tiene derecho á juzgar; pero un siglo tiene derecho á juzgar de otro siglo. Si Voltaire ha juzgado á Corneille como hombre, es absurdamente envidioso; si ha juzgado el siglo de Corneille y el grado á que el arte dramático había llegado entonces, ha podido hacerlo, y nuestro siglo tiene derecho para ecsaminar el gusto de los siglos pre-

cedentes. . . Me han venido á las manos unas notas gramaticales para probar que una palabra ó una frase de Corneille no está escrita en buen francés. Esto me ha parecido tan absurdo como si me dijese que Ciceron y Virgilio, aunque italianos, no escribieron en tan buen italiano como Boccacio y Ariosto. ¡Qué impertinencia! Todos los siglos y todos los países tienen su lengua viva, e y todas son igualmente buenas: cada un a escrib la suya. *Carta á M. d'Épinay*.